TRABAJO PRESENTADO EN EL XVI CONGRESO ARGENTINO DE ACOMPAÑAMIENTO TERAPÉUTICO

Eje temático: 4. Consonancia y resonancias del AT en la Clínica

Caminos, Jorge Esteban, Psicólogo, Larrea 328 8B (CABA), 1161014613, jorge.e.caminos@gmail.com

Fernandez, Yamila., Acompañante Terapéutica, Estudiante de Psicología, Lavalle 50, (Avellaneda). 1131788681, Yamila_ypf_fernandez@hotmail.com

Medina, Gonzalo Javier. Acompañante Terapéutico, Estudiante de Psicología - Araoz 529 (Merlo), 1541490361. rcgjm96@gmail.com

Rial, Manuel - Psicólogo, Pacheco de Melo 2191 (CABA), 1168597478, manu.r1990@gmail.com

Institución: Construyendo Lazos AT, Equipo de acompañamiento terapéutico.

FIGURAS DEL ACOMPAÑAMIENTO

Se dice acompañamiento como se dice movimiento. Nombre que fija por un momento el devenir de figuras en el tiempo. Para esta presentación quisimos, siguiendo la estela de Roland Barthes, pensar figuras que nos ayudan a imaginar lo que hacemos cuando habitamos el espacio del acompañamiento. Podríamos, parafraseando al autor citado, comenzar diciendo que la necesidad de estas figuras se sustenta en la consideración siguiente: el acompañamiento es un trabajo sobre la *extrema soledad*. De allí que las figuras sean *afirmaciones deseantes* con las que nos sostenemos por tiempos de duración variable en la tarea. Dice Barthes: *retazos de discurso*.

Al proponer entonces imaginar lo que hacemos, no se trata simplemente de construir *ficciones útiles*; sino de recuperar algo de la experiencia que se pierde en el discurso. Y esto no porque hubiera una experiencia en bruto, no capturada por el lenguaje. Más bien, una figura aspira a singularizar lo que la palabra universaliza. Así, queremos hacer algo parecido a lo que Deleuze explica en sus lecciones sobre Kant (1978): darnos una determinación espacio temporal del concepto. En nuestro caso: acompañar. Queremos construir imágenes-acompañamiento.

¿Por qué acudir a un término tan elusivo como el de imaginación, cuando es mucho más aceptado hablar de formalización, entre los que acuden a Lacan para pensar su práctica? Quizás porque acuden a Lacan para imaginarla, y así darle

forma. Decimos imaginación, imaginar nuestra práctica, tratando de seguir a Castoriadis (1968) cuando afirma que lo más propio del hombre no es la lógica sino la imaginación desenfrenada. Nuestras figuras son maniobras vehiculares que intentan conducir esa nave sin freno.

Entre las figuras del psicoanálisis: médico, cirujano, ajedrecista, arqueólogo, padre, amante, Sócrates, el muerto en el bridge, picón macho haciendo agujeros frente a otro macho, mantis religiosa, grafo, esfera, gaya ciencia, toro, nudo, Antígona, etc.

Entre las figuras del acompañamiento: caminar, el extranjero, el visitante, el traductor, el intérprete, la escenografía, la frontera, el café, etc.

El acompañamiento terapéutico es en la actualidad parte de los "Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica" que Freud postuló, sin que haya podido siquiera imaginar nuestra práctica. En este texto sostiene que, para trazar nuevos caminos "nos veremos precisados a buscar para nuestras doctrinas teóricas la expresión *más simple e intuitiva*" (1919, p.163). Escribía de este modo el anhelo de que el psicoanálisis llegase a los márgenes, a las soledades extremas, donde siquiera el Estado se hace presente.

En este sentido, la figura es una expresión tan simple como intuitiva de lo que ocurre en la práctica, mas no por eso achatada. La figura en tanto recurso para la formalización de la clínica aparece antecediendo a la fórmula, a la lógica y la topología. No se trata de un intento de "imaginarizar" una lógica, sino que esta última es un suplemento, llega después, es un producto. La lógica decanta de lo que se produce en el encuentro, en este caso, con un acompañante; y que en primer lugar suele tomar formas figurativas de otros lugares no necesariamente relacionados a lo "psi". Aquello que transcurre en un acompañamiento terapéutico puede admitir el nombre de acciones como: caminar, visitar, escribir, leer, fumar, charlar -café mediante-, etc. Y su traducción en figuras ser: el caminante, el poeta, el lector, el interlocutor, etc. La figura permite ubicar un hacer, esto es, en la lógica gramatical, un predicado; sobre el cual escribir formas deseantes de ese sujeto al que ya suponemos éticamente. La figura, en tanto predicado o infinitivo, es un recurso para nombrar *en movimiento.* Recurso que pone a lo imaginario en primer plano, esto es: al cuerpo. Pero no se trata del cuerpo estanco o congelado al que nos lleva a veces la idea de "identificación" o el ejemplo de la imagen en el espejo,

como la captura de una imagen que se asume y ya. La figura permite capturar un cuerpo en movimiento y esto es un cuerpo afectado.

La libertad en Freud es asignada al habla, menos un hecho que una puesta a prueba. ¿Se podrá poner a prueba la libertad de movimiento bajo la forma del caminar libre? Tanto Lacan como Marx tratan con ironía la idea de libertad. Para uno confina con la locura, para el otro, el hombre "liberado" es aquel que ha sido despojado de todo medio de producción y no posee más que su propio cuerpo. Cuando pensamos la figura del caminar o el caminante asoman en su horizonte el nombre de algunas escuelas de filosofía: los peripatéticos, los cínicos, el nombre de algunos pensadores: Nietszche, Thoreau, algunas otras imágenes que acuden a agruparse alrededor suyo: el errante, el vagabundo, el peregrino.

El caminar así imaginado dibuja una relación con los otros y con la ciudad. Con la Ley y con el cuerpo. Foucault desarrolla el tema del *cinismo* en su último curso (1983) y propone que implica un modo de vida que tiene con referencia a la verdad un papel de prueba. Que permite poner de manifiesto la desnudez irreductible de la vida humana: *reducción de la vida a sí misma*. El deambular cínico así planteado tiene un papel de impugnación de lo social. Foucault utiliza un término que ya Lacan había empleado: mártir, testigo de la verdad. *Ejercer el escándalo de la verdad*.

¿Quién es el caminante, el acompañante o el acompañado? Pensamos que el caminar es una figura de lo que acontece en esa relación. Y ¿qué del caminar entonces? ¿Un caminar cínico? La idea de caminar que queremos cernir no contiene a priori ningún destino como atributo, ninguna utilidad predeterminada. Se trata de una circulación por la ciudad que pretende dibujar recorridos que vitalicen y vistan esa *desnudez irreductible*. Caminar menta entonces el desplazamiento que permite construir en el espacio una figura quizás geométrica de aristas inverosímiles y de lados inacabados y que responde a la no relación entre el sujeto y la *polis*.

El acompañar implica ir hacia lo desconocido, siendo un desconocido. Una casa, un bar, el hall de un hospital u otros de los múltiples escenarios donde nos toca *ser parte*. No hay una invitación desde afuera, nos adentramos en la vida de otro que, muchas veces, no nos espera. Nos diferenciamos de otros dispositivos en el punto en que nuestro hacer sucede en el escenario mismo de la vida de los sujetos, nos vemos incluidos en sus cotidianos y, vale aclarar, generalmente por pedidos de otros.

Jean Luc Nancy (2000) en “El intruso” hace una distinción entre la figura del intruso y la del extranjero. El acompañante encarna una ajenidad en la escena de la vida de ese paciente, porta una extranjería, se porta como tal. Se incluye en territorio ajeno, no sin pedir permiso. El acompañar convoca la paciencia, tolerando la espera necesaria que da lugar al surgimiento de una invitación a pasar, una apertura para disponer lo cotidiano a encuentros que poco a poco perfilan a alguien… “dentro”. El intruso, en cambio, es alguien que se mete por la fuerza, que irrumpe sin avisar, e incluso quien provoca la sospecha.

Deleuze (1993) en “La literatura y la vida” propone la construcción de una lengua extranjera en la lengua materna como práctica de *salud*, construir *el pueblo que falta*. La no relación con la ciudad, con el pueblo, implica una ajenidad, una extranjería irreductible. En el diálogo imposible entre extranjeros, el acompañamiento ejerce la diplomacia y la traducción inclaudicable. ¿Quién es el extranjero? Cuando todas las partes son extranjeras cabe imaginar vecindades y estadías cortas. Visitas. En el acompañamiento se ejerce la diplomacia como se camina, resistiendo continuamente la absorción en uno de los polos: ni movimiento automático ni supeditación a un destino, ni imposición de los intereses de las demandas sociales, ni adopción absoluta de la lengua del acompañado. Se trata de delinear un espacio de intercambio posible. Frontera y mestizaje. El traducir no toma partido por ninguna lengua.

El visitar conserva la extranjería pero la viste de hospitalidad. La visita sostiene, en presencia y acción, un afuera en el adentro, exterioridad que interviene perturbando la intimidad. Así, intervención en acto, la presencia incide en lo privado: no sólo en el dominio de apariencia individual, sino con los privados, los del borde, los segregados. Perturbar la privacidad del padecer solitario en las locuras conlleva también ser en el afuera un referente hospitalario, que invita a visitar. La visitancia es invertida, ofrecida al intercambio, posibilitada. Conservar un adentro en el afuera. Se interpreta un papel como se interpreta un texto para la traducción, como se interpreta una ley: buscando la construcción de la acción que falta para que estar juntos sea posible. Intervención en acto, es decir, presentación de una escena grupal.

Resta también entonces considerar aquellos gestos del armado de un lugar, del diseño de un escenario. Morar, anidar. Armar con algunos restos un collage que abrigue y lleve la marca del cuerpo. Escenografía no como apariencia sino como

escritura de una escena en la que interpretar un papel vitalizante. Bordar con la presencia una morada compartida, que salga al cruce al silencio de los que no pueden repetir el guión que asegura la comprensión de los otros. Compartir, en lo que tiene de acción concreta, en lo necesario de permanecer un tiempo para emprender juntos un recorrido, partir acompañados. Ofrendar un pedacito de tiempo sin garantías, detenerse en lo inútil y hacerlo relevante, como en los juegos.

Visitar conlleva pasar, implica a la vez una presencia que funda un acontecer en cada punto de su movimiento (su llegada, su estadía y su retirada) y un *estar de paso*, una transitoriedad. El acompañamiento se juega en un *estar de visitante*.

Estar de visita implica que lo externo que porta la figura no se pierda. Sus idas y vueltas no cesan, no se fijan, hay movimiento. No perder esa ajenidad, no estar "del todo" en esa escena permite que no se naturalice la misma. Que se borre esta marca de lo ajeno conllevaría una nueva intrusión, pero desde adentro, en un exceso de presencia. Las figuras del obstáculo, que dejaremos solo enunciadas, no llevan a esos momentos donde lo extranjero que porta uno en su llegada, se vuelve intrusivo o, en su opuesto, se borra, estancando, conlleva un acostumbramiento o incluso una familiarización extrema con el lugar, siendo un objeto más de la vida del acompañado. Explorarlas nos permite enunciar, por un lado, el carácter de movimiento del acompañar/visitar y, por otro, diferenciarlo de una imagen congelada que fascina en su consistencia y petrifica. Aún peor, estanca, detiene.

<u>Bibliografía:</u>

Barthes, R. (1977) *Fragmentos de un discurso amoroso*. Siglo XXI. Buenos Aires. 2008.

Castoriadis, C. (1991) *"Lógica, imaginación, reflexión"*, en R. Dorey y colaboradores: El inconsciente y la ciencia, Buenos Aires, Amorrortu editores.

Deleuze, G. (1978) *Cuatro lecciones sobre Kant*. Recuperado de: https://www.philosophia.cl/biblioteca/Deleuze/lecciones.pdf

Derrida, J. (2000) *La Hospitalidad*. De la Flor Editorial. Buenos Aires. 2000.

Nancy. J-L. (2000) *El Intruso*. Amorrortu. Buenos Aires. 2006.

Foucault, M. (1983-1984) *El Coraje de la Verdad*. Siglo XXI. Buenos Aires. 2010.

Freud, S. (1919) *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica*. En Obras Completas Volumen XVII. Amorrortu. Buenos Aires. 1999.